

8. EN EL DIA DEL IDIOMA

Permítanme, antes de empezar a decir cualquier cosa alusiva a la celebración de nuestro clásico día del idioma, expresar con el mayor respeto hacia ustedes mis serias reservas sobre la utilidad y provecho de esta clase de conmemoraciones, al menos tal y como solemos concebirlas y realizarlas en el marco de nuestro ambiente académico. Ya irán entendiendo que me encuentro metido en un lío, del que por ahora no sé como salir, y que consiste en que, tal vez, no me quede más remedio que representar ante ustedes el nada grato y no muy airoso papel de aguafiestas.

En mi opinión, esta del idioma, como casi todas nuestras celebraciones, no suele ir más allá de un ritual vacío de todo significado, incapaz de producir cambios importantes en nuestras actitudes y conducta, de dejar honda huella en nuestro espíritu, proclive las más de las veces a escuchar con más ligereza que reflexión el panegírico de Cervantes, los discursos laudatorios sobre la lengua castellana, la invitación a hablar y a escribir con corrección, y toda la parafernalia verbal que solemos exhibir en ambiente de fanfarria cada 23 de abril. Como si todas esas conferencias, charlas y disertaciones no condujeran más que a dejar en nosotros la idea --casi el mensaje subliminal-- de que la mejor manera de honrar nuestro idioma castellano consiste --así a secas-- en hablar mucho y ojalá bien, en escribir con profusión y, en lo posible, cada vez mejor.

Cuando, preocupado, buscaba hace algunos días qué escribir para la ocasión de entre mi ya abundante repertorio de discursos al uso, pronunciados a lo largo de unos treinta años en calidad de conferenciante del día del idioma, por culpa de mi condición de profesor de español y literatura, me encontré entre mis papeles del escritorio con una breve nota necrológica escrita por el profesor y crítico literario Guillermo Alberto Arévalo a propósito del fallecimiento del inolvidable maestro y asombroso políglota José Rafael Cabanillas, ocurrida no hace mucho tiempo en la ciudad de Bogotá.

Al hacer el elogio del difunto, el profesor Arévalo recordaba cómo hace ya varios años se reunió en Popayán un selecto grupo de intelectuales, diestros en el conocimiento de nuestro idioma y en el manejo de su literatura, para hacer público reconocimiento de los eminentes méritos académicos y lingüísticos del Dr. Cabanillas, y cómo después de recibir el maestro de manos doctas y autorizadas numerosos pergaminos, decretos de honores y diplomas consagratorios de la más variada índole, un entusiasta orador se dedicó en tono vehemente a ponderar el casi milagroso dominio del homenajeadado en la comprensión, habla y escritura de por lo menos treinta idiomas, incluido el latín, el sánscrito, las lenguas semíticas y varias indoeuropeas, al lado del griego, del catalán y hasta del vietnamita. Cuando el orador terminó su apología en medio de cálidos plausos de aprobación por la excelencia de su pieza oratoria, el maestro Cabanillas, con visible desconcierto, se puso de pie, vacilante, frente a los micrófonos y, luego de titubeos difíciles, sólo atinó a decir a manera de pudorosa respuesta, que no alcanzaba a explicarse la razón de tanto pergamino, de tanta felicitación y bochinche en relación

con sus dotes de políglota, puesto que, en su entender, lo que el escasamente había aprendido era a callar en treinta idiomas.

Me temo que, aupados por los presupuestos de nuestra cultura occidental de la que, naturalmente, nos hacemos eco los maestros de español, hemos caído en la temeridad de un optimismo, en ocasiones, delirante frente a las posibilidades de las palabras en su intento de expresar con fidelidad lo que creemos es la realidad. Tan candorosa ilusión procede, a mi juicio, de que damos por sentado sin mayor fundamento y de la manera más alegre y temeraria, que las relaciones entre eso que llamamos realidad, nuestros sentidos e intelecto que la aprehenden y nuestra palabra que la nombra en la lengua que nos enseñaron desde pequeños son obvias, sencillas y aproblemáticas.

Para nosotros, hijos de Grecia y de Occidente, el universo es real, es decir, existe, tiene sustancia como *res* u entidad objetiva diferente del yo, sujeto cognoscente, en tanto está ahí como objeto de aprehensión de nuestros sentidos, de la interpretación inteligible de nuestra razón que, a su vez, hace uso de la palabra para nombrar el mundo tal como lo percibimos y como, supuestamente, lo entendemos.

Para nosotros herederos de Parménides, Platón, Aristóteles, Tomas de Aquino, Renato Descartes, William Leibniz y, aún Emmanuel Kant, el mundo es *fisis*, esto es, natura, entendida en términos de realidad objetiva, sujeta a leyes universales discernibles por la razón y susceptibles de ser descritas y cuantificadas, en cuanto manifestaciones fenoménicas de la realidad mundana, por la venerable ciencia físico-matemática,

moderno paradigma de todo saber, y sobre la que hemos descargado de manera más que optimista la apabullante responsabilidad de desentrañarnos la inimaginable complejidad del universo.

Chamanes prehispánicos, poetas videntes --que no fabricantes de versos--místicos de diversas procedencias, connotados estudiosos de la fisiología del cerebro en su papel de responsable último de la percepción e intelección humanas y varios de los más prominentes físicos actuales, protagonistas en los avances contemporáneos más sorprendentes de la física cuántica y la mecánica ondulatoria, están de acuerdo en que --al contrario de lo que piensa el hombre común-- “*el mundo* --es decir la, realidad-- es *un inacabable misterio*” y que, en consecuencia, lo que percibimos y nombramos de él no es más que un tosco mapa, una lejanísima aproximación a lo que realmente hay en el fondo abismal de todo los seres por sencillos y elementales que nos parezcan.

Para estos hombres lúcidos, llámense chamanes, poetas, místicos, filósofos o científicos del nuevo cuño “*hombres de conocimiento*”, si es que se me permite el atrevimiento de tomar en préstamo esta bella expresión de labios de don Juan Matus, el brujo yaqui que enseñó a Carlos Castaneda el camino del “*ver*”, que es el mismo de la clarividencia; para estos hombres de excepción que huyen como de la peste de lo engañosamente apariencial, base de la creencia inamovible que el hombre común tiene acerca de su mundo, el problema fundamental consiste en que a la hora de dar nombre a lo que está en el fondo de la realidad más profunda, quiero decir, cuando alguien, clarividente, se decide a verbalizar ciertas realidades inefables a partir del filón más

revelador de su conocimiento, las palabras humanas se quedan cortas, mejor aún, salen sobrando. En lugar de iluminar, oscurecen; dejan de ser vehículo de revelación -- epifanía-- para convertirse en instrumento de distorsión. Y por este camino resultamos víctimas de su peligroso juego: el de su laberinto encantado. Ellas, las palabras, sin embargo, no tienen culpa alguna. Su incapacidad para comunicar ciertas realidades inefables y otras que no lo son tanto, nace de una radical limitación suya inherente a su naturaleza, quiero decir, a la naturaleza misma del lenguaje. Este, y con él las palabras que utilizamos para nombrar el mundo, son hijos del pensamiento; y el pensamiento, a su vez, lo es de nuestra cultura, o lo que es lo mismo, de la particular descripción que se nos dio del mundo desde el momento de nuestro nacimiento en el seno de una civilización determinada.

Nacimos en occidente y miramos el mundo con los ojos de la razón. Las palabras de nuestro lenguaje, en consecuencia, y en el más afortunado de los casos, sólo sirven para expresar categorías de pensamiento propias de nuestra cultura, la cual, como sabemos, gravita alrededor del ejercicio racional y de los quehaceres de la ciencia positiva y de la filosofía, instrumentos ejemplares para acercarnos de manera confiable --al menos así lo creemos-- a la aprehensión y entendimiento de lo que suponemos es y contiene nuestro mundo.

Lo anterior no significa que el mundo sea idéntico a como lo hemos pensado o a como lo nombramos. Hay, de hecho, tantas descripciones del cosmos como culturas existen. Algunas ven y nombran, lo que otras ignoran y callan de este inconmensurable y

misterioso universo del que somos parte. Los poetas y los místicos pueden darnos testimonio de su tragedia a la hora de nombrar lo que vieron con los ojos de la intuición o del éxtasis; visión directa que, por escapar a la mediación del pensamiento, resulta radicalmente innombrable, o termina en balbuceo. El poeta de verdad sabe que entabla con la palabra poética un combate mortal, del que no siempre sale bien librado. Pretende que las palabras nombren lo que intuye, es decir, lo que “ve”, y que es incapaz de expresar con el lenguaje común. San Juan de la cruz, hombre célibe por necesidad de su espíritu contemplativo, tuvo que recurrir --vaya paradoja- al más ardiente y elaborado lenguaje epitalámico para dar voz a su experiencia espiritual de unión con Dios. Se pregunta uno a propósito del místico de Ávila: ¿qué tiene en común su intensa experiencia extática con su lenguaje poético, más propio de amantes desaforados que de casto monje de clausura? Nada, en absoluto. Tal manera de hablar sólo se explica como desgarrador intento de comunicación de lo que, tal vez, no se pueda decir de otra manera. Incapaz de expresar lo que ha visto o desea, recurre a la analogía. En esto se cifra --dicho no sea de paso--la conmovedora y deslumbrante belleza de su poesía. Desde esta perspectiva, San Juan de la cruz tal vez no nos interese como místico católico, heredero de la desafortunada y ultraconservadora contrarreforma católica que se gestó desde Trento a manera de desesperado dique para atajar a Lutero. San Juan de la cruz nos interesa ante todo como el desgarrado y conmovedor poeta de la “*música callada*”.

Nada tiene de malo el que como occidentales seamos hijos de Grecia y del racionalismo. Nada hay de reprochable en el hecho de que confiemos en las luces de

la razón y en las posibilidades de la palabra humana, hija de su pensamiento. Por el contrario, estos de la razón y de la palabra han sido, tal vez, los dos logros más formidables de la especie humana a lo largo de toda su evolución. Lo que ocurre es que si bien al ejercicio de la razón debemos, en buena parte, el asombroso progreso científico y tecnológico de nuestro tiempo, por desgracia, hemos descuidado en nombre del monopolio de la razón otras formas de percepción, de conocimiento y de expresión que nos ofrece, de entre una riquísima gama de posibilidades, el intricado, vastísimo y misterioso universo de la conciencia de sí, y del darse cuenta de, propios del ser humano, y por lo que todo parece indicar, del conjunto de los vivientes que pueblan la tierra.

De manera, pues, que mi invitación a honrar nuestra lengua castellana no va encaminada en esta oportunidad a inducirlos a hacer uso de ella, así no más, quiero decir, a hablar desafortadamente --que es lo que ordinariamente hacemos--, ni a escribir con profusión, porque sí, valiéndonos para ello del instrumento eficaz que nos proporciona un conocimiento acabado de la lengua y de sus vigas maestras: la fonética, la morfología, la sintaxis, la lingüística y la semántica. Mi invitación no es a derrotar el silencio sino a ejercerlo como condición para poder nombrar poéticamente las cosas, quiero decir, con lucidez de espíritu y responsabilidad. Sí, señores. Demasiada palabrería barata se ha dicho y escrito en nombre de la lengua castellana, como si la mejor manera de honrarla fuera dando rienda suelta a nuestra parlanchinería, en ocasiones compulsiva, dañina e irresponsable. Nuestro mundo está atiborrado de palabras vacías e inútiles, muchas de ellas bien dichas; de escritos

intrascendentes, aunque muchos de ellos de factura formal impecable, cuyas estridencias quitan tiempo y espacio a cierto estado de beatitud, de silencio interior, indispensable para escuchar con atención el mundo, lo que dicen nuestros semejantes y esa voz secreta y definitiva que, cuando paramos nuestra verborrea, debe salir diáfana y apacible del fondo íntimo de nosotros mismos.

La idea que deseo dejar en ustedes es la de que para hablar con la lucidez y eficacia de quien desea decir algo importante, se necesita callar primero. Unas pocas palabras definitivas y bien dichas son generalmente el resultado de largos ratos de silencio atento, de reposada y profunda meditación. Dos o tres páginas dignas de ser leídas casi siempre fueron escritas por alguien que, antes de precipitarse a escribir como un atolondrado, sopesó a fondo lo que deseaba decir.

Aprendamos de Garcilaso: solo treinta y tantos poemas bastaron para inscribir su nombre en el frontispicio de la inmortalidad. Aconsejémonos con Rulfo, autor de muy escasas páginas escritas, sin embargo, con la sobrecogedora intensidad y la demoledora contundencia propias de quien, a fuerza de callarse primero, de intentarlo a solas muchas veces, aprendió por fin el secreto de escribir con la sencillez de la que nos habla Hemingway como virtud suprema de todo gran escritor, y a la cual se llega después de exhaustivos y agotadores episodios de depuración interior. Escuchemos lo que nos dice García Márquez, para quien tan sólo cuatro o cinco cuartillas diarias de escritura, producto de una feroz e implacable lucha contra la página en blanco, y de su disciplina a toda prueba de más de cincuenta años de ejercer el oficio con sapiencia,

lucidez y responsabilidad, son premio más que suficiente a su esfuerzo, y demostración evidente de la vigencia de su ya mítica creatividad. Aprendamos la lección de don Antonio Machado, quien se gastó incontables años de su vida sopesando con su parsimonia proverbial los versos que harían de SOLEDADES o de CAMPOS DE CASTILLA poemarios definitivos en la literatura española de todos los tiempos. Y, finalmente, no echemos en el baúl del olvido la enseñanza del nunca bien llorado maestro José Rafael Cabanillas, quien, entre pausa y pausa, y en medio de los prolongados silencios que matizaban sus muy escasas y hasta vacilantes palabras, repartía en sus clases inolvidables a quienes tuvimos la fortuna de ser sus alumnos, la sabiduría que tal vez hizo propia a lo largo de toda su vida, utilizando el extraño procedimiento de aprender a callar en más de treinta idiomas.